

# **EDIFICIOS QUE INSPIRAN**

## **LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS EN IMÁGENES**

**ARQUITECTURA DEL SIGLO XX**

PEDRO GONZÁLEZ LAFITA



Servicio de Biblioteca. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

EDIFICIOS que inspiran : en imágenes. -- Madrid : Universidad Pontificia Comillas, 2025.  
105 páginas : principalmente fotografías.

D.L. M 25925-2025. -- ISBN 978-84-7399-211-4

1. Universidad Pontificia Comillas. 2. Jesuitas. 3. Arquitectura. 4. Centros docentes. 5.  
Edificios para la enseñanza.

Edición

Universidad Pontificia Comillas

Diseño, preimpresión e impresión  
Artes Gráficas Palermo

© de esta edición:

Universidad Pontificia Comillas

Alberto Aguilera, 23

28015 Madrid

© de las fotografías: Pedro González Lafita

© de los textos: sus autores

ISBN:

978-84-7399-211-4

Depósito Legal:

M-25925-2025

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida  
la reproducción total o parcial de este libro por cualquier  
procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia,  
grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento  
o recuperación de la información, sin permiso escrito de la  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

BERT DAELEMANS SJ  
Profesor de la Facultad de Teología (Comillas CIHS)

# EDIFICADOS POR NUESTRO ENTORNO

«¿No te has dado cuenta, cuando caminabas por esta ciudad,  
que entre sus edificios hay unos que están mudos,  
otros que hablan, y, finalmente, hay excepciones,  
unos pocos que cantan?»<sup>1</sup>.

En su diálogo platónico Eupalinos, el escritor francés Paul Valéry (1871-1945) pone en boca del arquitecto ficticio la invitación a escuchar los edificios y, sobre todo, a identificar los excepcionales con más encanto que, más que un silencio o un discurso, profieren un canto.

La escucha es un sentido más receptivo, interno y corporal y menos incisivo que la visión, que tiende a dominar, a captar y a controlar desde fuera. Los edificios no hay que verlos simplemente, hay que vivirlos, escucharlos, olerlos, sentirlos y gustar con todos los sentidos.

En este sentido, su compatriota, el jesuita Michel de Certeau (1925-1986) habla del espacio como «lugar practicado»: un lugar estático se transforma, por la intervención de los usuarios, en espacio (espacioso, con sentido y profundidad).

Hay que pasear por los edificios y disponerse como caja de resonancia para escuchar su eco en su propio espacio interior. Hay edificios que, de modo más o menos consciente, nos hacen sentir bien. Hay incluso los que nos incitan a ser mejores personas, porque están bien integrados en el mundo, en la sociedad y en la creación.

Lo que para muchos son edificios que no les dicen nada son una maravilla multisensorial o sinestésica para alguien atento y con un poco de sensibilidad por lo corporal, lo material, lo espiritual y lo relacional.

De hecho, los edificios de la Universidad Pontificia Comillas en Madrid son el testigo de múltiples procesos de formación, de búsqueda, de encuentro, de lucha, de frustración, de expectativas, de sueños y de deseos, de tantos altibajos y de tantas emociones muy variadas en la vida de una joven o de un joven. A lo largo de su vida, estos edificios acogen, posibilitan y guían muchas vidas.

<sup>1</sup> P. VALÉRY, *Eupalinos ou l'architecte*, Gallimard, Paris 1924, 105-106. Mi traducción.

En este sentido, Winston Churchill (1874-1965) dijo: «Nosotros damos forma a nuestros edificios, luego ellos nos dan forma a nosotros». De hecho, aunque raramente nos demos cuenta del influjo que tienen sobre nosotros los espacios, los edificios y, sobre todo, sus transiciones –tanto espaciales como temporales–, nos forman y nos edifican.

En otras palabras, son mucho más que un par de paredes que sostienen un techo, son más que meros contenedores para una actividad cualquiera. Son, a menudo, pequeños tratados antropológicos en miniatura, instrumentos al servicio de una formación que va más allá de lo académico, ayudas existenciales para los peregrinos que somos en el camino por la vida. Hay que entrar en ellos y, como dijo el zorro al Principito en el famoso cuento de Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944), hay que domesticarlos para que sean más que contenedores distantes y neutros y muestren su cara más amable.

Al entrar en un espacio, al pisar un umbral, entramos en una historia. Los edificios no son neutros. Nos identifican y nos educan, aún a nuestro pesar. No hay que ser arquitecto para darse cuenta de la importancia de la luz natural, por ejemplo, o de la temperatura adecuada para poder garantizar una labor bien hecha. Pero de igual importancia son las proporciones, los colores, las texturas y los materiales usados.

Como demuestran sus *Ejercicios espirituales*, especialmente la celeberrima «composición de lugar» y la adición 7, ya San Ignacio de Loyola (1491-1556) estaba muy atento al influjo psicológico y existencial que ejercen sobre nosotros nuestro entorno y sus diversas atmósferas.

Entramos aquí en edificios y entornos dedicados a la formación de personas desde el espíritu del paradigma Ledesma-Kolvenbach, es decir, de la *utilitas-iustitia-humanitas-fides*, de personas para y con las demás, personas capaces de encontrar sentido en lo más pequeño sin necesidad de ganarse el mundo entero, pero que tampoco tienen miedo de lo más grande y excelso, como dice un lema antiguo que a su modo reformula el conocido lema de la universidad en busca del valor de la excelencia: *Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est* (Cosa divina es no estar ceñido por lo más grande y, sin embargo, estar contenido entero en lo más pequeño).

O, para decir con otro lema famoso, del jesuita húngaro Gabriel Hevenesi (1658-1718): «Obra como si todo dependiera de Dios; confía como si todo dependiera de ti». Lo que hay que entender bien: una absoluta confianza, más allá de todos los esfuerzos que pones de tu parte (no invita a la pasividad, sino, al contrario, a hacer todo lo posible); pero todo esfuerzo se hace desde la misma gratuidad y generosidad, sabiendo que todo viene de una fuente de vida más allá de ti mismo. Esta espiritualidad ignaciana se refleja en los edificios de la Universidad Pontificia Comillas.

La universidad existe en cada uno de sus sedes y edificios, cada uno con su personalidad y su particularidad. Las distintas facultades que residen en estos espacios los forman, pero, a su vez, son formados por ellos. Cada nuevo edificio, con su propio canto y encanto, enriquece esta especificidad de una universidad que busca el valor de la excelencia y se quiere abierta, humana y múltiple. A su modo, contribuye a la formación de individuos aislados en personas entregadas, ciudadanos comprometidos y miembros de una comunidad.

En este libro destacan tres de sus edificios más históricos y emblemáticos: las sedes de Comillas ICADE, Comillas ICAI y Comillas CIHS. O, según su ubicación, Alberto Aguilera 23, Alberto Aguilera 25 y Cantoblanco. No es que las carreras en las cuales se forman los alumnos definan sus edificios, pero sí está claro que quien en la Universidad Pontificia Comillas estudia Ingeniería, Derecho, Empresariales, Filosofía o Psicología, entre otras, lo hace en unas aulas que poco tienen que ver la una con la otra. Esto no

corresponde necesariamente a una decisión vinculada a la carrera, sino, simplemente, a la época en que se construyeron los edificios, y en su ubicación. Lo que tienen en común es, eso sí, la tecnología actualizada y el cuidado puesto en la enseñanza.

Con todo, se suele olvidar lo formativo –recordemos la frase de Churchill– que es el recorrido necesario, incluido los medios de transporte, para llegar al destino (en este caso, un aula cualquiera de los tres edificios indicados). Si pensamos en este recorrido, percibimos aún mejor en qué difieren tanto los tres edificios como los procesos de formación humana y existencial que ofrecen.

Por no hablar de las cafeterías como lugares indispensables y muy frecuentados de refrigeración y encuentro, de las librerías y servicios de reprografía, de las salas de deporte, de las aulas magnas con sus múltiples actividades y de las bibliotecas con sus salas de lectura. Cada lugar contribuye con su propia función al canto sinfónico que se escucha en la universidad. Sin olvidar la gran atracción que ejerce sobre los alumnos de las distintas carreras, sobre todo en tiempos de exámenes, la amplia y silenciosa biblioteca de Cantoblanco con su espacio, su luz y su ubicación en medio del campo.

Quien habla de edificios habla también de las múltiples personas invisibles que, diariamente, los mantienen en un estado limpio y disponible para labores habitualmente consideradas más dignas, aunque estas no podrían existir sin aquellas. Por lo tanto, al contemplar y admirar los edificios y los espacios que forman nuestra Universidad Pontificia Comillas, rindamos homenaje a las personas que las mantienen en funcionamiento, que hacen posible que juntos seamos universidad.

El edificio que pisamos al entrar por la calle Alberto Aguilera 23 se construyó como una escuela para obreros, según la expresa voluntad de la bienhechora, la Marquesa de Vallejo. Se escogió como arquitecto a Enrique Fort y Guneyet (1853-1908), que murió sin ver finalizada la obra. Colaboró con él el mismo provincial de Toledo, el P. José María Pagasartundúa SJ, que había entrado en la Compañía como arquitecto. En octubre de 1908 dieron comienzo las clases para obreros. Sólo en 1912 se finalizó el edificio de talleres, del renombrado arquitecto Antonio Palacios Ramilo (1874-1945), quien tanto definió el urbanismo y la identidad arquitectónica de Madrid.

Tal vez merezca la pena recordar esos inicios humildes. De hecho, hoy entramos por lo que en origen era la puerta de atrás. En el austero vestíbulo nos damos de bruces con el monumento a los miembros de Areneros-ICAI que dieron su vida en los años 1936-39. Este espacio es un auténtico cruce de caminos.

Al subir los escalones, dejamos atrás el bullicio de la ciudad y la acera donde los agrupamientos de alumnos suelen dificultar el paso a los peatones. Es aquí, en el espacio entre la calle y el edificio, que solemos encontrar la primera cara humana que nos da la bienvenida en uno de los vigilantes que con su presencia aseguran el buen orden.

En el vestíbulo, esta presencia humana se prolonga en el arsenal de personas que nos asisten en información. Además, en las pantallas se nos informa de las actividades que tendrán lugar esta semana. A menudo hay exposiciones y es un espacio de espera y de encuentro. Es aquí donde se acogen a los participantes de jornadas que tienen lugar en el Aula Magna o en la colindante Sala de Conferencias.

Desde el vestíbulo, dos pasillos dan acceso a las alas este y oeste, recogidas alrededor de un patio que ofrece luz y espacio de deporte. Aquí, los típicos azulejos azul y blanco forman el carácter del lugar, el aire de familia que conecta los distintos pasillos. Los dos patios interiores son como los dos pulmones del edificio: el lugar de tantas jugadas y de tantos encuentros, jornadas y puertas abiertas, deportes y conciertos.

Un lugar central indudable en el edificio ICADE ocupa la hermosísima iglesia de Santa María Inmaculada y de San Pedro Claver, en un refinado estilo neogótico. Además de las celebraciones eucarísticas que tienen lugar diariamente aquí en y las otras capillas de las distintas sedes, este espacio siempre abierto acoge en silencio a múltiples visitas furtivas o más largas de alumnos, profesores, personal de administración y servicio e incluso vecinos en busca de sentido y de orientación en su día a día.

Estos espacios de paz y serenidad forman un sencillo recordatorio a la fuente de vida invisible, pero muy presente en medio del frenesí tan característico de una universidad que, a menudo, se parece a un crucero que no se mueve, pero donde todo y cada uno está constantemente en movimiento. Michel Foucault (1926-1984), otro pensador francés, habló en su tiempo de la importancia de «heterotopías», espacios distintos de los habituales, porque los invierten y los complementan, poniendo en el centro actividades menos vistosas y a menudo olvidadas, pero no por eso menos esenciales.

Aunque el filósofo francés no mencionó los espacios sagrados, las distintas capillas de la Universidad Pontificia Comillas, que forman con el sigiloso latir del Sagrado Corazón en sus sagrarios múltiples oasis y ofertas de tranquilidad, ofrecen estas heterotopías tan necesarias en un mundo a menudo miope y utilitarista que tiende a olvidar la importancia de una formación holística atenta a la dimensión invisible e intangible de la vida.

Los primeros edificios del Campus de Cantoblanco fueron construidos en medio del campo por el renombrado arquitecto Javier Carvajal Ferrer (1926-2013), quien habló de «una mística de los espacios verdes»<sup>2</sup>. El día 16 de octubre de 1972 comenzaron las clases.

Lo que une estos edificios en Cantoblanco es el sobrio ladrillo pardo oscuro como marca de identidad. La impronta del arquitecto es el cambio de perspectiva y de atmósfera: tras una entrada baja y oscura se abre el espacio de modo sorprendentemente voluminoso y luminoso. Lo hace en su emblemática capilla, pero también en las entradas a los distintos edificios.

La naturaleza que abraza los distintos edificios y entra en ellos es, sobre todo, lugar de encuentro. Con la amplitud de sus vistas, esta sede que se dedica a las ciencias humanas se vive más despejada y distendida que las del centro de la ciudad, cercadas por coches, comercios y carreteras.

Más allá del canto de los pájaros, quien preste atención puede escuchar el canto y el murmullo de los distintos edificios que se agrupan en esta sede como si formaran un pequeño pueblo dedicado a la investigación, al estudio, al encuentro y, sobre todo, a la formación de personas para y con los demás.

Otro espacio, más reciente, el Bus Comillas, más que un medio de transporte ofrece y constituye –como alguien muy oportunamente dijo– un «espacio móvil», a su vez formativo, un lugar de encuentro y de estrecha vinculación entre las tres sedes y entre las personas. Porque la universidad quiere ser, sobre todo y en todas sus facetas, un lugar de encuentro.

Las distintas sedes tienen, cada una, sus ventajas y sus inconvenientes. En todas, los espacios de transición son esenciales. Porque la universidad misma es un espacio de transición y un espacio móvil al moverse, mudarse y cambiarse en el tiempo. Si el papa Francisco (1936-2025) tuvo razón en que «el tiempo es superior al espacio», como escribió en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* de 2013, se notará sobre todo en el modo en que vivimos y habitamos nuestros espacios: cómo nos van formando y cómo nos van edificando a lo largo del tiempo. Lo saben de sobra y lo podrán contar mejor nuestros alumni.

<sup>2</sup> Javier Carvajal, Javier Carvajal, Munilla-Lería, Madrid 2000, 144.

En concreto, cómo estos edificios abren el espacio para el encuentro, la escucha y el aprendizaje en todos los niveles y para todas las inteligencias, que son múltiples y todas necesarias; cómo hacen a uno más consciente del espacio interior que trae consigo y cómo lo excavan; cómo crean espacios, sobre todo, para que el joven y el menos joven puedan encontrarse consigo mismo y con su vocación para ser personas para y con los demás: entregadas, entusiastas y expertas en humanidad, no buscando el valor de la excelencia en lo más grande y espectacular despreciando lo pequeño y lo débil, sino encontrando sentido precisamente en lo pequeño y marginado por una sociedad del descarte y de la rapidación. En este sentido, y también en sus edificios, la universidad se quiere profética, sostenible y contracultural.

Significativamente y por esta razón, los edificios no son espectaculares ni particularmente monumentales: no gritan, no se jactan, no aplastan, no oprimen, no reducen al ser humano de modo fascista a un mero número, sino que, habiendo encontrado un feliz equilibrio entre las tres dimensiones de la famosa triada vitruviana –firmitas, venustas, utilitas–, manifiestan la única intención de fomentar la formación de un modo existencial, profundo y duradero –en cualquiera de las carreras–.

Con todo, los edificios de la Universidad Pontificia Comillas, en toda su diversidad, están alineados hacia un mismo horizonte esperanzador: tienen el único propósito de formar excelentes profesionales (*utilitas*) que, además, son conscientes de un mundo herido que clama por más atención al bien común y al cuidado (*iustitia*), que son buenos compañeros que se respetan y se cuidan y muestran una especial atención a los más necesitados (*humanitas*) y que cada día aprenden a encontrar su propio modo de nutrir la dimensión espiritual y de estar abiertos a la fuente de toda vida (*fides*).